

Qué significan los Laicos en la Iglesia de Dios

El estado laical, según el Vaticano II.

Presentamos a nuestros lectores un estudio, de excepcional interés, publicado por Mons. Gérard Philips en la revista "Laicos en el mundo de hoy" (Junio de 1968), que consideramos de mucha importancia para que los fieles conozcan la alteza de su vocación en la Iglesia.

Mons. Philips, Profesor en la Universidad de Lovaina, se ha interesado siempre, dentro de sus trabajos teológicos, por los problemas del laicado; a raíz del II Congreso Mundial para el Apostolado de los Laicos, celebrado en 1957 en Roma, la preparación de los "documentos de base" fue inspirada en gran parte por Mons. Philips. Estos documentos sirvieron de punto de partida para los trabajos de las comisiones preparatorias que precedieron al Concilio sobre los laicos en la Iglesia.

Es bien sabido el papel de primer plano que Mons. Philips desempeñó como experto en la redacción de la Constitución "Lumen Gentium" y en la elaboración de la Constitución Pastoral "Gaudium et Spes". Por esta razón, el texto que publicamos es como un eco de las ideas de este gran teólogo, incorporadas a la Doctrina del Vaticano II.

Como es la primera vez en la historia de la Iglesia que una declaración conciliar dedica un capítulo especial al papel del laicado, es conveniente estudiar las líneas maestras y desprender de ellas las principales impresiones con la más viva atención.

Sin duda el documento en cuestión no desciende a las directivas concretas, precisamente por tomar sus responsabilidades, basándose en la doctrina común a toda la ca-

lidad y propuesta solemnemente por el Concilio. Haciendo esto, los laicos contribuyen también al desarrollo de nuestro conocimiento vivo del mensaje evangélico.

Quisiéramos llevar nuestras consideraciones a cuatro puntos que encontraron ya su aplicación durante el III Congreso Mundial del Apostolado de los Laicos, pero que permanecerán siempre como tema de meditación útil, si no necesaria a todo creyente.

Hablaremos por lo tanto sucesivamente del "redescubrimiento" del valor de la vida cristiana en el mundo; de la igualdad fundamental estructurada de todos los fieles de Cristo; de la responsabilidad particular del laico en la Iglesia y en la sociedad y, en fin, de las relaciones entre un laicado activo y la jerarquía.

Sin embargo, debemos añadir una nota previa. Si nos atenemos sobre todo al análisis del capítulo IV de "Lu-

men Gentium”, esto no significa en manera alguna que podamos dejar de tener en cuenta las enseñanzas del capítulo II sobre el Pueblo de Dios, ni el decreto sobre la actividad apostólica de los laicos, ni aun deteniéndonos en los principales documentos, la Constitu-

ción Pastoral sobre la Iglesia en el Mundo. Tal vez los aspectos prácticos de los graves problemas de la hora actual hayan ocupado el proscenio del Congreso. Pero todo el mundo convendrá que la acción para ser fecunda debe nutrirse de contemplación.

rosa. **“A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales”** (“Lumen Gentium”, n. 31). Si ellos no buscan el Reino, no son cristianos y no hay ninguna razón para llamarlos “laicos”. Si tratan de escapar a las exigencias de lo temporal, manifiestan una falta de franqueza y de autenticidad, tal vez de pereza o de orgullo, y en todos los casos faltarían a su deber hacia la familia, la sociedad y la Iglesia misma.

1. EL VALOR CRISTIANO DE LA VIDA EN EL MUNDO.

En el curso de la historia este valor nunca ha sido olvidado, ya que por medio de nuestro itinerario terrestre debemos avanzar hacia la perfección que nos llama.

Pero durante mucho tiempo, digámoslo francamente: durante demasiado largo tiempo, numerosos cristianos no comprendían su existencia “profana” sino bajo una forma de paso o de peligro, en lugar de hacer de ella, sin dudar, un medio de santificación. Santificación en medio del mundo, del cual el Nuevo Testamento no quiere sacarnos; pero santificación contra los principios del “mundo” que lleva el signo del pecado. Esta ambigüedad de la palabra “mundo” explica, en gran parte, la actitud reservada, casi negativa, de muchos cristianos y de los mejores, hacia una sociedad frecuentemente dominada por el mal. El desprecio se comprende hasta cierto punto. Los teólogos de la Edad Media, y de otras épocas proclamaron por ejemplo, que hombres y mujeres deben conseguir su salvación en el mun-

do, “a pesar” de su estado de matrimonio, sin tener en cuenta que otra página de su teología describía a la unión conyugal como sacramento, es decir, como un “medio” de gracia y de progreso espiritual y no como un obstáculo.

La noción de “laico”.

a) Los laicos de hoy insisten en que se dé una noción positiva de su estado y no una pseudo definición que los caracterizaría por aquello que no son: ni clérigos, ni religioso. En efecto, los laicos tienen conciencia de constituir en la comunidad un “estado”, es decir, de ocupar una situación estable, querida por Dios y que comporta una misión particular y por consiguiente, también una gracia proporcionada. El laico no es el hombre en el mundo, ni menos aún el hombre del mundo, sino el cristiano en el mundo.

Si el Concilio se abstuvo de encerrar al laicado en los límites de una definición estricta, no dejó de hacer una descripción particularmente vigo-

Su desarrollo histórico.

b) Una breve nota histórica servirá para aclarar nuestro pensamiento. Los diversos “estados” en la Iglesia, por articulados que sean, no pueden separarse jamás, ya que el Cuerpo de Cristo es uno.

Al principio, la distinción entre clérigos y laicos es poco marcada, si bien no puede ponerse en duda su existencia: hay ministros —sea cual fuere el nombre que lleven— encargados de dirigir y de enseñar a la comunidad. La vida religiosa organizada no existe todavía. Se ha hecho opinión común el pretender que la diferenciación entre el “rebaño” y el clero adornado de toda suerte de prerrogativas de poder y de honor, data de la época constantiniana. Simplificación exagerada a los ojos de todo lector de S. Clemente de Roma, o de S. Ignacio de An-

tioquía, de S. Justino o de S. Ireneo. Ciertamente, los excesos de los iluminados del gnosticismo o del montanismo terminaron por poner a la jerarquía en primera línea, pero éstos no hubieran obtenido un puesto de mando sin las cartas credenciales bíblicas y tradicionales.

Esto no impide que con el tiempo la grieta que separaba al laicado del clero se hiciera más grande y la distancia siguió en línea creciente por el hecho de que, por lo menos en occidente, solamente los clérigos eran los depositarios de la instrucción en casi todos los campos. Sin embargo, en cada período de la historia se delinea un movimiento de re-

novación que parte de los fieles y no de los pastores. Bastará recordar el nombre de S. Francisco de Asís. El siglo XIX proporcionó laicos destacados, de los cuales la Iglesia se siente orgullosa. Pero son dos los factores principales, nos parece, los que determinaron como quien dice, el redescubrimiento de la dignidad del bautizado; por una parte el desarrollo de la Acción Católica, movimiento que algunos tratan con desprecio injustificado y, por otra parte, el paso del hombre medio a la edad adulta en todos los campos.

Teológicamente, no hay lugar para hablar de emancipación puesto que como lo enseña Pío XII, el Nuevo Testamento no conoce ya la esclavitud, sino solamente la libertad de los hijos de Dios. Sería por lo tanto ridículo dejarse arrastrar a complejos de inferioridad o a lamentaciones estériles pertenecientes a otra edad, por no haber sido llamados a una vocación eclesial.

Aspecto secular del laicado.

c) Esta última, sin embargo, no debe subestimarse, sean cuales fueren las deficiencias de aquellos que la desempeñan en la Iglesia. En una sociedad secularizada, el clero ha perdido toda aureola de superioridad, salvo, esperemoslo, la de un ascendiente puramente espiritual. A los ojos de muchos, en la ciudad

del hombre, según el libro de Harvey Cox, Dios ya no tiene lugar. La urbanización no le deja ni aun un pequeño recinto. El hombre moderno no lo necesita, no piensa ya en El.

Al menos existen autores serios que así hablan en sus libros deprimentes sobre la muerte de Dios. Pero secularización no es todavía secularismo, el cual es mortal, no para Dios, sino para el hombre.

Según el capítulo IV de Lumen Gentium, el aspecto secular constituye lo que hay de más específico en la vida laica. Es necesario leer este párrafo: vale la pena. El concepto, convengo, es difícil y discutido. El término deriva de "saeculum", que en latín de la Iglesia indica el tiempo de la vida terrestre que transcurre desde la creación hasta la parusía. "Hoc saeculum", este siglo que transcurre con sus preocupaciones y sus esperanzas con frecuencia frustradas, se opone al "saeculum futurum" que será definitivo y feliz cerca de Dios.

Importancia de las realidades terrenas.

d) El carácter secular encarna el valor propio de las cosas creadas, en particular para el laico. La Revelación no toca este problema sino de paso, aunque ello no ha impedido que a los valores terrenales se otorgara un lugar en la teología clásica. Grave laguna, pues sin el reconocimiento del

**DISTRIBUIDORES PARA
EL SALVADOR:**

Tónico Reconstituyente



DROGUERÍA Cosmos
Tel. 21-31-00 - Calle Delgado 317

mundo creado como lugar en donde el hombre debe cumplir su labor diaria y como materia con la cual debe obrar hoy, el laico no descubrirá jamás su vocación cristiana.

Las realidades terrenas poseen su consistencia y su finalidad propia y a pesar de ser pasajeras no pierden ni su dignidad ni su importancia: éstas han sido creadas por Dios y confiadas al hombre por un tiempo reducido, que nosotros no podemos destruir, pero que debemos, en cierto sentido, eternizar. Después de la caída, es verdad que el esplendor de este mundo puede ejercer sobre el hombre una fascinación tan poderosa que lo seduce y lo desvía de su último fin. Desde ese momento

se explica que una concepción demasiado estrecha de la religión llegue a considerar al "mundo" exclusivamente como un lugar de perdición. El "mundo" es tomado entonces en el segundo significado que la Biblia atribuye a este término, es decir, como una potencia hostil a Dios y a la salvación del hombre. Este mundo también es, desgraciadamente, demasiado real.

El mundo, un regalo de Dios.

e) Pero vistas desde este ángulo, las cosas creadas pierden su dignidad primitiva, empañando su transparencia en relación a su último significado. El primer sentido que

la Biblia da al "mundo" es el de un beneficio y el de un reino maravilloso confiado por el Creador, y no por algún príncipe maléfico, al hombre trabajador y soberano.

El fenómeno de la secularización moderna ha confundido más de una vez la estima de los valores de la tierra con la negación de su origen y de su finalidad en Dios. Los profetas de la irreligión han censurado el dualismo y la concepción infantil de un universo de dos pisos. Sus sarcasmos han impuesto al término de secularización o de laicización una nota de hostilidad hacia toda religión y sobre todo hacia la Iglesia.

De ahí proviene en el seno de esta última, un movimiento de autodefensa que fácilmente proyecta sobre las cosas la actitud hostil de ciertas personas que abusan de él. Los valores creados se hacen entonces objetos sospechosos. Ahora bien, la secularización puede revestir un sentido mucho más auténtico y bienhechor.

Si las realidades divinas no son desconocidas sino mezcladas en la masa de los valores caducos hasta el punto de identificarlos con ellas, resultan ídolos. En consecuencia se tributa un culto pagano a las criaturas materiales, o a una sociedad, o colectividad humana, casi encarnada en un jefe o en un director. Se llega a destruir los valores humanos absorbiéndolos en lo divino.

La conquista del Título de Bachiller, le abre nuevas puertas en su vida. Entre ella con la etiqueta acorde a su dignidad académica!

MEJORES TRAJES GOMEZ

es la firma especializada en trajes de etiqueta y trajes de graduación. Visítenos y aproveche los precios y descuentos especiales que para tan especial ocasión le ofrecemos.

MEJORES TRAJES GOMEZ

le proporciona la oportunidad para que
**SE BACHILLERE ELEGANTE Y...
TRIUNFE ELEGANTE**

**ACABADO GOMEZ, ACABADO PERFECTO...
COMPARELO!**

Avenida Bolívar, 107. Teléfono 7-17-02 y 3050.

MANAGUA - NICARAGUA

Cuando las primeras páginas de la Biblia reducen el sol y la luna, los antepasados, o el rey a sus verdaderas dimensiones y no permiten su identificación con el Creador, nos encontramos ante otro género de secularización del cual no podemos menos de felicitarnos en nombre de la verdad. Se podría así calificar a este proceso de demitización o de divinación. Ni los astros, ni los árboles sagrados, ni los animales enormes o temibles, ni ningún ser humano puede erigirse en objeto de adoración, porque nada de eso es Dios. Son seres prisioneros de una época y ligados a un espacio; todos han comenzado y tendrán fin. Sólo Dios "es" y permanece.

Usar del mundo para servir a Dios.

f) Los valores terrestres serán por lo tanto "iluminados", dice nuestro texto. Si los laicos no tienen hacia ellos el respeto debido, los desprestigian en lugar de iluminarlos. No es suficiente añadir a su trabajo terrestre una piadosa intención, como se pega una etiqueta sobre un paquete. Pues así su trabajo no sería santificado en su interior; permanecería invariable: opaco, oscuro y a veces ambiguo.

El Concilio no pide a los laicos que eleven sus actividades profanas a un nivel superior, pues de esta misma manera permanece lo que es y su esencia no se transforma. Pero

cuando el trabajo se cumple con un alma cristiana, se transforma en "testimonio", se hace transparente y luminoso porque un rayo de la gracia lo atraviesa y le confiere al mismo tiempo brillo y valor de eternidad, sin alterar en lo más mínimo su verdad, pero fortificándola.

El cristiano, que continúa su peregrinación aquí abajo hacia una situación humana mejor y finalmente hacia un objetivo trascendental, cambia la naturaleza misma de las cosas que emplea. Las realidades de las cuales se sirve, deberán contener esta finalidad útil en su estructura interna, por lo menos como un poder y una llamada a realizarlo.

La naturaleza no puede por lo tanto separarse de la obra del hombre ni aislarse de la cultura. En esta tarea terrestre los hombres están obligados a ayudarse para contribuir al establecimiento y al fortalecimiento de la justicia, de la caridad y de la paz; a través de estos valores tienden hacia la felicidad perfecta en Dios. El Cristiano realizará con ardor esta obligación e impregnará del Espíritu de Cristo todo lo que toque. Así se descarta el peligro de una espiritualidad superficial y limitada. Por otra parte, escapamos a la mezcla de los valores temporales y eternos, confusión en la cual los primeros perderían su finalidad y los se-

EMBOTELLADORA

- MILCA -

FABRICANTES DE:

* Coca-Cola	* Soda Canada Dry
* Uva Fanta	* Ginger Ale Canada Dry
* Milca Roja	* Quinac Canada Dry
* Milca Chocoa	* Agua Purificada
* Milca Naranja	* Agua Destilada

M A N A G U A , N I C A R A G U A

Teléfonos: 4803 y 4873.

gundos verían volatilizar la materia con la cual deben operar.

La gloria de Dios no se obtiene por la destrucción del cosmos, sino por su transformación, comenzada aquí aba-

jo, cuando el hombre usa todo aquello que está puesto a su disposición con un alma santa, lo que significa exactamente lo contrario de la estrechez y la torpeza de espíritu. Nuestra tarea terrestre no es un juego de niños.

igualdad sin huecos, el autor de la epístola cita de paso, la intervención de las personas divinas. He aquí pues uno de estos textos trinitarios funcionales, de los cuales San Pablo hace uso frecuente para traducir el misterio inefable en la vida concreta de los hermanos. Es su manera de valorizar la "Ecclesia de Trinitate".

2. LA IGUALDAD FUNDAMENTAL DE TODOS LOS CRISTIANOS.

El artículo 32 del capítulo sobre los laicos atravesó una historia curiosa. En la primera redacción había sido intitulado: "De la igualdad y de la desigualdad en la Iglesia", la desigualdad se entendía en un sentido jurídico, que, por otra parte, es innegable. Pero como a la Constitución se la quería ante todo dogmática y pastoral, debía prender con alfileres la igualdad fundamental de todos los miembros del Pueblo de Dios, todos hijos del Padre y el título se transformó en: "Igual dignidad de todos los fieles".

Por otra parte, **según el Nuevo Testamento, cada uno será juzgado de acuerdo a sus obras, buenas o malas, y no de acuerdo al lustre de su rango o de su función.**

Tarea común, fruto del Espíritu.

a) Según San Pablo, los miembros del Cuerpo de Cristo, si bien tienen tareas diferentes, son sin embargo, universalmente solidarios. Las alegrías así como las penas son

comunes a todos en una unión que es una verdadera comunión. Pero que no se equivoquen: esta comunión no es el resultado de los esfuerzos conjugados de las voluntades humanas: es un don de Cristo y un fruto del Espíritu. Es por lo tanto capaz de resistir a todas las tensiones individualizantes, pero al mismo tiempo es un imperativo dirigido al grupo en el seno del cual ningún miembro puede elevarse más que los otros. No imaginemos por lo tanto una igualdad estática, que significaría la muerte, sino una comunión dinámica y fraternal, es decir, una igualdad activa.

Ya las grandes epístolas paulinas desarrollan este tema, pero es la Carta a los Efesios sobre todo, la que lo pone de relieve. El Apóstol encadenado recomienda con insistencia la unidad del Espíritu por el vínculo de la paz y tiene cuidado de justificar su mandamiento por la enumeración de siete elementos que forman un compuesto perfecto. Entre los factores citados, que forman la base de una

En efecto, el Pueblo de Dios es uno porque forma un solo cuerpo y procede de un solo Espíritu, autor de la misma esperanza en el corazón de todos los llamados. Si hay pues estructura, sin la cual no habría cuerpo, no hay ni orgullo ni desprecio, sin lo cual el único Espíritu crearía celos en lugar de suscitar la misma esperanza.

Pero hay más. El segundo tercio indica la unicidad del "Señor", al cual todos están unidos por una sola fe y un solo bautismo. La desigualdad en la creencia o en los ritos fundamentales, romperían la irrompible unidad de Cristo. Aquí no se señala aún ninguna diferenciación de dignidad, ya que Cristo no está dividido.

Finalmente, para remontarnos al principio, todos son hijos de un solo y mismo Dios que es el "Padre" de todos, que está sobre todos, en todas partes y en todos. ¡Qué pena que esta proclamación no haya servido siempre de base explícita para una eclesiología de comunión! Desde este punto de vista, "Lumen Gentium"

según su capítulo primero, invierte un orden, o más bien, un desorden demasiado ampliamente establecido. El nuevo nacimiento bautismal, por el cual todos deben pasar para llegar a la filiación divina y a la perfección del Padre, no es el fruto de nuestras obras diferentes, sino el don supremo de la Caridad increada y única.

Hay maestros y fieles, pero la tarea es común.

b) Pero en esto sobreviene la objeción clásica, dirigida sobre todo al catolicismo: La sociedad eclesiástica admite "maestros y subordinados". Volveremos más adelante sobre esta dificultad más aparente que real. San Pablo en la Epístola a los Efesios no se toma el cuidado de citarla. No es que él ignore que el cuerpo de Cristo está organizado y que posee una Cabeza, Cristo, que es al mismo tiempo detentador del poder y fuente de la vida. Aun más, el Apóstol no duda en ninguna circunstancia

en hacer uso de la autoridad que el Señor le ha confiado, no para destrucción, sino para edificación de la comunidad. Que no se diga pues que Pablo ignora que hay jefes en la Iglesia.

El mismo explica que el Señor ha establecido pastores y doctores para el servicio y el crecimiento de su cuerpo. Pero esta institución no lleva a ningún cambio de posición ni a dejar de lado a los otros miembros. A cada órgano incumbe una parte del trabajo, sea cual fuere el nivel en que está situada. Cristo no ha terminado su tarea como Cabeza, a fin de permitir al cuerpo reposarse. Este cuerpo debe por el contrario ser verdadero en la caridad y no faltar a su dignidad ni a su vocación, para que el conjunto pueda alcanzar su estatura perfecta. No existen en la Iglesia instituciones jurídicas de poder y sumisión que no estén animadas por la más pura mística del amor. El amor iguala, pero sin rebajar.

Sobre todo él excluye toda

discriminación. Vosotros estáis revestidos de Cristo, escribe San Pablo (Gal. 3, 28): he aquí por qué no hay oposición racial (ni judíos, ni griegos), ni antítesis social (ni esclavo, ni hombre libre), ni rivalidad entre el hombre y la mujer. En su vocación cristiana, que hace de todos una sola persona, la subordinación de la mujer al hombre no se podrá ya mantener.

Todo esto no significa que las naciones, o las capas sociales o la diferencia de sexos están abolidas. Ni que el hombre y la mujer ejerzan indiferentemente las mismas funciones. Si ellos rivalizan en abnegación, la salud social se hallará bien. Si ellos disputan por los cargos que hay o por su influencia, darán prueba de estrechez de espíritu.

Si bien la Iglesia está dirigida por hombres, el mayor número de fieles se recluta, generalmente, entre las mujeres, al punto de que algunos acusan a la Iglesia de feminización. No hay oposición de principio contra la participa-

UN PRODUCTO



LAMINAS
de asbesto cemento

Eureka

No necesitan mantenimiento

FABRICADAS CON TÉCNICA Certil

MODERNO

INDUSTRIA ASBESTO CEMENTO, S. A. - TELS. 1945 - 4521.

ción de las mujeres en ciertas formas de ministerio. Pero los hombres o mujeres deben comprender bien que un ministerio significa no un honor, sino un servicio y una responsabilidad.

Así entre los ministros y los otros hermanos y hermanas, la igualdad no se ha roto. Pues si los Pastores y los doctores reciben más, es una obligación onerosa. Su misión consiste en ayudar a aquellos que les son confiados. Unos y otros deben esforzarse en disminuir la carga que pesa sobre todo el grupo.

Tres aspectos de la misma misión.

c) ¿Se ha advertido suficientemente que el Concilio afir-

ma “la participación en la triple misión de Cristo”, sucesivamente de los obispos, de los sacerdotes y los laicos? No se trata por otra parte de tres misiones o de tres poderes distintos, sino del triple aspecto de la misma tarea que todos reciben, cada uno a su manera. Si nosotros estamos en presencia de una acción puramente humana, no hay duda que ésta provocará variaciones de mérito y de valor. Pero todo el precio de la actividad ejercida por “misión” recibida del Maestro, procede de la virtud de su Espíritu y no de nuestras fuerzas que en efecto, son incapaces por sí solas.

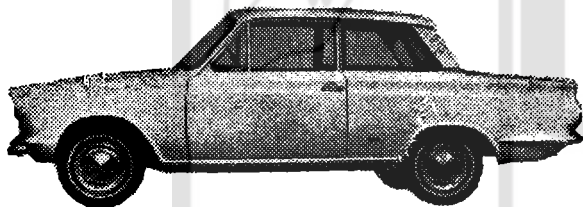
Que no se equivoquen pues sobre la triple división antedicha. Predicar y dar testimonio de Cristo es, según San

Pablo, un acto cultural al cual él llama ofrenda. El bautismo, es cierto, y todo el orden de los sacramentos, confiere o supone un poder cultural. La santificación, en realidad, ¿no es sinónimo de espíritu de sacrificio y de abnegación manifestado en la vida cotidiana? Pero lo esencial es que la “dignidad real” consiste exactamente en el dominio sobre el pecado y la victoria sobre las malas inclinaciones, concretadas en el servicio hacia los hermanos.

Y los simples fieles deben opinar.

d) Si los creyentes ordinarios están también llamados a dar testimonio, se comprende que San Agustín invocara de éstos su convicción concordante para valorizar el espíritu del pueblo cristiano. El obispo de Hipona añade que él tiene que apoyarse en el conjunto de los discípulos “desde el obispo hasta el último de los fieles laicos”. Demasiado intelectual para pedir a los simples la solución de los problemas más complejos de la teología, Agustín no duda en hacer una llamada a sus creencias sobre los puntos fundamentales de la doctrina. En su tiempo la controversia giraba sobre todo en torno al uso universal de bautizar a los niños. Para nosotros la cuestión de la invocación a los santos y del culto a María, madre virginal de Jesús, es ejemplo clásico de la aplica-

ADMIRE LA NUEVA LINEA



FORD CORTINA

Magnífica combinación de fuerza, robustez y amplitud, con capacidad para cinco pasajeros!

Distribuidores: **COMERCIAL KEILHAUER, S. A.**

Boulevard Ejército Nacional.

TELS.: Central 21-7790 — Repuestos 21-9855 — Ventas 21-9856.
San Salvador, El Salvador, C. A.

ción del "sensus fidelium". Se constata en ambos casos que una doctrina encarnada en un uso religioso universalmente extendido se halla por lo tanto garantizada por la asistencia del Espíritu de verdad.

El Espíritu sopla donde quiere.

a) Yo no recuerdo haber encontrado en nuestros manuales de eclesiología un capítulo sobre el sentido de la fe, don supremo del Paráclito a la nueva comunidad beneficiaria directa de su enseñanza. Ni tampoco otro capítulo sobre los "carismas" de los cuales el nombre mismo es desconocido por la masa de nuestros feligreses.

A lo sumo pensarían ellos, en el don de milagros o en algún privilegio extraordinario, objeto de admiración, pero no de imitación. Concebido de esta manera inexacta, los carismas serían más bien una barrera y constituirían la raíz de una desigualdad manifiesta.

Pero en realidad, los sencillos tanto como los ricos en espiritualidad, los laicos tanto como los clérigos, pueden ser elegidos como portadores de una misión especial en el seno de la comunidad indivisa. Bastante raros para suscitar la atención, bastante sorprendentes para hacer reflexionar a los inconscientes, estas gracias por fecundas que sean, no salen de lo ordinario y el Espí-

ritu soberano las distribuye con una regularidad irregular a quien bien le parece y el sujeto receptor no tiene siempre conciencia de ello. Esto añade, tal vez, algo infinitamente delicado y eficaz a su testimonio que ignora la tentación de la vanagloria.

Igual dignidad de todos.

f) Hemos entresacado en el capítulo sobre el Pueblo de Dios las dos últimas consideraciones, por la buena razón de que éstas no pertenecen exclusivamente ni al clero ni al laicado, sino indistintamente a las dos categorías. Nos falta señalar una nota final relativa a la igual dignidad de todos. La "institución" no impide de ninguna manera la "mística" en el sentido noble del término, es decir, en su conexión con el misterio. Si el pueblo de Dios no estuviere estructurado, no sería más que una masa informe, incapaz de asegurar y de difundir la cohesión espiritual, lo que quiere decir la unidad en el Espíritu. Es inútil repetir las palabras de San Pablo sobre la diversidad de dones del único Donador, para el bien del cuerpo indiviso.

Pero añadamos, sin embargo, la recomendación que San Juan repite siete veces al iniciar el Apocalipsis en las cartas dirigidas a las comunidades de Asia: "El que tenga oídos que escuche lo que el Espíritu dice a las Iglesias".

El número de siete, ya lo hemos dicho, es una cifra de universalidad.

¿Se imaginarían que esta grave advertencia se dirige solamente a los laicos y no concierne a los pastores? Los doctores, ante todo, deben escuchar al Espíritu, antes de que éste les abra la boca "in medio Ecclesiae". Y mientras hablan, deben continuar escuchando para difundir no sus propios conocimientos o imaginaciones, sino la Palabra eterna transmitida por el Paráclito que domina la inteligencia, el corazón y el comportamiento, tanto de aquellos que predicán como del público que escucha. Esta Palabra y no otra comunica la Verdad idéntica para todos. Pero como la Verdad es fuerza viviente, no introduce una uniformidad estéril, sino que difunde la gracia única y multiforme de Dios.

Los subrayados y subtítulos son nuestros.

VISTA A SUS NIÑOS
EN

"Blanca Nieve"

La Reina de las Modas
Infantiles.

ESPECIALIDAD:

- * Vestidos de PRIMERA COMUNION
- * Faldones para BAUTISMO.

Sus encargos hágalos con anticipación, en 4a. Av. Sur. Edificio Duke.

Tel. 21-5851. San Salvador.